

Reseña/Review (hooks, bell, “Enseñar a transgredir. La educación como práctica de la libertad”, Capitán Swing, ISBN: 978-84-122818-4-3, 229 págs., 2021)



La capacidad de adaptación al cambio resulta crucial en la vorágine de la sociedad de la información en la que nos hallamos inmersos; una sociedad que avanza a velocidades vertiginosas, rompiendo las barreras espaciotemporales de acceso al conocimiento e invitando, al unísono, a la apertura de nuevas prácticas docentes. Pero ¿avanza la educación al mismo ritmo? ¿Estamos

realmente preparados para desarrollar el espíritu crítico del alumnado ante esa información? ¿Y estamos dispuestos para implicarnos e implicar a los estudiantes en el aula y poner en práctica nuevas ideas? ¿Han derribado las instituciones educativas los límites que las mantienen en una posición principalmente pasiva desde hace siglos?

Quizás hemos de preguntarnos si en un mundo globalizado, la apertura educativa a los mercados conduce a la ruptura del concepto de educación como derecho social (Díez, 2010). Estamos, sin saberlo, promocionando la deshumanización del individuo y la educación bancaria que Freire (1975) aborrecía, porque si bien lo global contribuye a la creación de redes y trabajo en equipo, ¿tiene sentido abandonar lo propio e individual? ¿Puede hablarse de educación como práctica de la libertad en un mundo anclado en ideas racistas, sexistas y clasistas? ¿Dónde queda la implicación del profesorado, su conexión con el discente y la experiencia personal? ¿Cómo podemos enseñar a transgredir los límites que nos condenan a repetir lo establecido por miedo a lo desconocido? ¿Nos atreveremos a invocar al Eros en las lecciones, puesto que no hay aprendizaje sin emoción implícita (Mora, 2014)?

bell hooks responde a estos y otros interrogantes a través de un análisis apasionantemente entusiasta de la educación en las instituciones universitarias y de su apuesta por la pedagogía comprometida. Esta escritora y activista social estadounidense muestra cómo la interseccionalidad entre raza, clase y género contribuye al fomento de una teoría feminista más inclusiva, en la que la participación multidimensional de ambos sexos, distintas razas y clases potenciará la lucha por el crecimiento de las mujeres. Nacida en 1952, Gloria Watkins, quien adoptó el seudónimo ‘bell hooks’ en honor a su bisabuela materna, decidió optar por las minúsculas para restar atención a la escritora e incrementarla en los tex-

tos: «Lo más importante es lo que digo en mis libros, no quién soy» (hooks, s.f.).

A partir de su experiencia, esta autora recorre el sendero que une la teoría y la práctica, utilizando un lenguaje sencillo y directo, puesto que está empeñada en hacer teoría que se transmita oralmente (Malo, 2021) y en visibilizar la idea de que todo el mundo entienda lo que decimos y no solo los expertos (aunque te critiquen), para hacer más accesible esa teoría. Desde sus comienzos en una escuela segregada, en la que se alimentaba su deseo por aprender y ser libre; pasando por la secundaria integrada predominantemente blanca, en la que se vio obligada a asistir; y en su carrera académica, hasta su doctorado en literatura en la Universidad de California, se fue embebiendo de las prácticas de sus maestros, disfrutándolas a veces, criticándolas y cuestionándolas otras. Esto la llevó a concebir una pedagogía que necesita de la implicación de la comunidad para llegar lejos. bell hooks rompe el techo de cristal que a veces amenaza a las mujeres para aterrizar el conocimiento científico “de las altas esferas” en la realidad del aula, en la cual no duda en asumir riesgos e implicarse para luchar por el cambio, trazando las claves para educar como práctica de la libertad.

Enseñar a transgredir entretiene un conjunto de ensayos que permiten entender la educación desde esa perspectiva. Uno de los aspectos centrales del libro es la construcción del concepto de ‘pedagogía comprometida’, tema central del capítulo 1. Esta forma de entender la educación se forja como resultado de la confluencia de la pedagogía crítica de Paulo Freire, el antirracismo, el feminismo y un enfoque holístico del aprendizaje en el que, más allá de lo cognitivo, tiene cabida lo emocional, lo espiritual y los deseos del estudiantado.

Otro tema que aparece es el multiculturalismo, reflejado en los capítulos 2 y 3, en los que se discuten, primeramente, los principales desafíos a los que enfrentarnos en un aula multicultural y las claves para construir espacios educativos de aprendizaje que inviten al intercambio de experiencias y temores. Por otra parte, se cuestiona la educación bancaria, basada en el saber como depósito y la comunicación unidireccional y vertical (García, 2011), y se apuesta por la figura del profesor sanador. Para bell hooks no es suficiente con cambiar el contenido de los planes de estudio, sino que se hace imprescindible modificar hábitos y actitudes.

En el capítulo 4, la escritora habla con su “yo” en la escritura de manera fresca y cercana, para dotarnos

de ese diálogo íntimo que no podría lograrse de ningún otro modo. Además, se cuenta cómo Freire influyó en su teoría feminista, cuánto le aportó como persona y profesional y cómo las “lagunas” de la teoría del autor no le impidieron desgajar enseñanzas de estas.

Los capítulos 5 y 6 abordan, desde la perspectiva de la autora, la importancia de la experiencia en la práctica pedagógica. En el primero se argumenta la necesidad de unificar teoría y práctica, de modo que teorizar a partir del dolor pueda ayudar a la liberación del colectivo. Con ejemplos personales, se desvela cómo los niños pueden ser grandes teóricos, poniendo en duda aspectos que tendemos a naturalizar en la vida adulta, como el sexismo y el racismo. Asimismo, se vuelve a incitar a compartir las teorías tanto oralmente como por escrito para lograr que más personas se puedan adherir al feminismo.

En el capítulo 6 nos anima a compartir experiencias personales en el aula e invitar a los discentes a involucrarse, dejando al margen el esencialismo, para crear una comunidad de aprendizaje que se implique en las discusiones, puesto que el aprendizaje es significativo cuando tomamos parte en él.

Los capítulos 7, 8 y 9 analizan la discusión sobre la solidaridad feminista entre mujeres estadounidenses negras y blancas, el pensamiento feminista y los académicos negros, respectivamente. La autora aviva las ganas de entender el feminismo más allá de la raza y clase social, puesto que, si solo escuchamos, leemos o defendemos el feminismo de mujeres blancas, estamos cerrando puertas a otras dimensiones del concepto; dimensiones en las que caben no solo mujeres y hombres negros sino blancos y de todos los estatus socioeconómicos.

Lo más destacado del capítulo 10 es la idea de construcción de una comunidad pedagógica, además de la narrativa utilizada para presentarla. Se trata del diálogo entre un educador blanco y una educadora negra, con el objetivo de incrementar la solidaridad y establecer vínculos entre distintos intelectuales (de diferentes géneros y razas) que transgredieron ciertas fronteras para intercambiar puntos de vista en temas “universales”. Bajo el prisma de la pedagogía como práctica de la libertad, los dos educadores intercambian ideas sobre sus trayectorias y concepciones de la educación y del aula, reivindicando que, para construir una comunidad pedagógica realmente comprometida, se necesita una revolución en la estructura de la enseñanza y no basta con dar meramente contenido progresista, ya que este se puede presentar de manera muy conservadora. Los expertos incentivan esa transformación de la práctica docente a lo largo del capítulo.

En el capítulo 11 se habla también de la relación entre la enseñanza del inglés y la descolonización, y de cómo el idioma y el lenguaje ayudan a liberarnos en entornos opresores. En el capítulo 12 se trata la clase social y la importancia que tienen las prácticas docentes cuando perseguimos la educación de y para todos y todas; y de la sexualidad y la importancia del Eros en el proceso pedagógico, en el 13, en el que se recuerda que el académico no es solo una mente privilegiada de la que adquirir conocimiento, sino un cuerpo que está presente,

que se inmiscuye en los asuntos del aula y emociona al alumnado. El último ensayo de este volumen es una reverencia al “arte de enseñar” en el que hooks se identifica con la tristeza y pérdida de esperanza de quienes, como ella, se atreven a educar de forma distinta y no encuentran sino trabas en el camino. A pesar del desgaste físico y emocional que implica este compromiso, para la autora, el principal reto es transformar el aula en una experiencia comunitaria de aprendizaje en la que todos puedan expresarse, escucharse y ser responsables del éxito de la clase y se dirige hacia ese objetivo sin titubeos.

Por su parte, el propio final del libro es una oda a la esperanza, una llamada a la reflexión, una oportunidad para atreverse a transgredir unos límites impuestos que ya no tienen sentido:

El mundo académico no es el paraíso. Pero el aprendizaje es un lugar donde se puede crear un paraíso. El aula, con todas sus limitaciones, sigue siendo un escenario de posibilidades. En este campo de posibilidades, tenemos la oportunidad de trabajar a favor de la libertad, de exigirnos a nosotras y a nuestros compañeros una apertura de mente y de corazón que nos permita afrontar la realidad, a la par que imaginamos colectivamente cómo traspasar fronteras, cómo transgredir. Esto es la educación como práctica de libertad (hooks, 2021, p. 229).

1. Pedagogía comunitaria comprometida

En la geografía del libro se puede dibujar el camino hacia la pedagogía comprometida; una pedagogía que reparte el peso del proceso educativo entre cada uno de los integrantes, pues todos ellos y todas ellas conforman una pieza fundamental en el puzzle de la comunidad educativa; un puzzle que no se construye con la falta de alguna de las piezas. En este sentido, se apuesta por el cambio del “yo” por el “nosotros” y la competitividad por la cooperación, en un intento por acercarnos a la visión de ciencia de Pierce (1987) y a la pedagogía comprometida. hooks propone romper con la enseñanza tradicional para construir otra más activa, multicultural, inclusiva y solidaria que esté presente en las aulas para incitarnos a tendernos la mano, aceptar sesgos y abrirnos al diálogo.

Si bien continuamos matando ruiseñores a diario o marchitamos su canto (Lee, 2015) sin saberlo siquiera, hooks nos invita en cierta manera a ser un ‘Atticus’ [personaje de la novela *Matar a un ruiseñor*], abandonando los prejuicios que bañan la sociedad, analizando quiénes somos y cómo podemos cambiar lo que parece predestinado por sexo, raza o clase social, a enseñar con el ejemplo, a sumar la experiencia al conocimiento para dar voz al alumnado, a fomentar la escucha activa y tomar en serio a otros.

Más allá de desatar el caos, la autora pretende generar responsabilidad y desarrollar el pensamiento crítico del alumnado como práctica de la libertad. Esa búsqueda del sentimiento de pertenencia a la comunidad de aprendizaje, en la que todos y todas nos comprometemos, es

la que la impulsa a lidiar con las dificultades y mantener su integridad.

Este enfoque implica emoción, para constatar que estás en cuerpo y alma; compromiso, puesto que el éxito o fracaso depende del conjunto en su totalidad; visión crítica, no para que pienses como otros, sino que te atrevas a pensar; evolución, para todos los implicados; y autorrealización, que solo consiguen los que salen de sus cómodos refugios y se atreven a transgredir. Si bien es cierto que las ratios juegan un papel esencial en este tipo de metodologías, no por ello hooks deja de luchar por conseguirlo.

2. Educación como práctica de la libertad

Por otra parte, la obra aborda la educación como práctica de la libertad. Lincoln dijo que todos los hombres nacen iguales, pero también que es la última vez que lo son. Parece que, a pesar de los años y los avances tecnológicos, esta idea sigue en lo cierto pese a los esfuerzos de muchos por cambiarlo. hooks nos descubre que, como docentes, tenemos la oportunidad de modificar nuestras prácticas y “revolucionar” las vidas de muchas personas, pues cuando desarrollamos el espíritu crítico del estudiantado, lo hacemos libre e igual; cuando nos implicamos en el aula en cuerpo y alma, fomentamos esa educación que enseña a transgredir los límites que nos impiden volar.

Esta libertad, lejos de percibirse como libertinaje para satisfacer deseos personales que perjudican a la comunidad, exige el compromiso con ella, emocionándonos colectivamente; activándonos conjuntamente contra las injusticias.

Considero *Enseñar a transgredir* como una llamada a los valientes que osan desafiar lo establecido; enseñan al estudiantado a mirar con otros ojos; con-

vencen a compañeros de profesión de que otros modos de enseñar son posibles y que, si nos disponemos a aceptar nuestras diferencias, estaremos listos para traspasar las barreras y conseguir liberarnos; pero también a aquellos que todavía no se habían planteado estas cuestiones.

En este sentido, cooperando con distintas personas para educar como práctica de la libertad, defendiendo esta forma de enseñanza por encima de la educación bancaria, actuando y no solo diciendo ser feminista y empoderando a los estudiantes para que perciban la importancia de implicarse en su educación, más allá de ser un mero recipiente que se llena de la mente de otro, aprenderemos a enseñar, a transgredir.

En mi opinión, la obra incita a construir un mundo más humano, inclusivo, pleno de libertad y progreso, donde cada individuo pueda desarrollarse al máximo sin importar género, raza o clase; donde se contemplen las motivaciones y particularidades del estudiantado y en el que la duda, la confrontación y el pensamiento crítico abran la puerta al diálogo, haciendo consciente al estudiante de su papel protagonista en la educación, si bien creo que, paso a paso, también hemos avanzado y cada vez más docentes se implican en las aulas, se renuevan, viven la enseñanza.

No obstante, sería interesante que se incidiera más específicamente en el cómo enseñar dicha práctica de libertad (ideal educativo de muchos), pues ante el cambio, a veces se carece de metodologías o formación para emprenderlo. Si bien el entusiasmo de hooks es contagioso y la pasión con la que se narra incita a sumarse al cambio, se podría profundizar de forma concreta en los pasos para conseguir esta libertad. Pese a todo, la obra podría considerarse un punto de partida para reflexionar sobre las prácticas docentes y vislumbrar la educación que queremos construir en un futuro que está en nuestras manos.

3. Referencias

- Díez, E.J. (2010). La globalización neoliberal y sus repercusiones en educación. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 13(2), 23-38.
- Freire, P. (1975). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- García, G. (2011). De la educación bancaria en el aula, a la educación problematizadora en la Red. *Didáctica, innovación y multimedia*, 20, 1-7.
- hooks, b. (s.f.). Afrofeminas [Mensaje en un blog]. Recuperado de: <https://afrofeminas.com/2018/07/23/bell-hooks-lo-mas-importante-es-lo-que-digo-en-mis-libros-no-quien-soy/>
- Lee, H. (2015). *Matar un rruiseñor*. Harpercollins
- Malo, M. (2021). Prólogo. En *Enseñar a transgredir* (pp.7-19). Capitán Swing.
- Mora, F. (2014). *Neuroeducación*. Alianza Editorial.
- Peirce, C. H. (1987). The nature of science. En J. Stuhr (Ed.), *Classical American Philosophy* (pp. 46-48). Oxford University Press.

Alicia Garrido García
 Universidad Complutense de Madrid (España)
aligarridogarcia@gmail.com; <https://orcid.org/0000-0002-5047-607X>